

Mario Osses

Noticiario

PEQUEÑA ANTOLOGÍA DE GABRIELA MISTRAL.—Escuela Nacional de Artes Gráficas

En cartas de enero y mayo de este año nos anticipó la poetisa la publicación de una antología con poemas de su libro inédito, a la vez que nos comunicó haber escogido para prólogo del libro nuestro ensayo «Casticismo de Gabriela Mistral», publicado en esta misma revista.

¿Qué más sino confirmar lo que intensa y extensamente hemos escrito sobre Gabriela? ¡Y con cuánto amor lo ha recibido la poetisa! Es grande hasta en la gratitud. Mejor: ostenta, dispensa gratitud, porque es grande. En su última, se refiere a la selección de poemas hecha para Artes Gráficas, y nos dice: Usted puede añadir a ellos los que quiera de «Desolación», «Tala», y «Ternura». *Escoja con rigor. Yo estoy, Osses, salvando alguna prosa mía para darla en libros*. Lo primero se llevó a cabo por los muy cultos editores a nuestro cumplido gusto; lo segundo nos ha dejado meditando en la sencillez del genio y nos tiene golosos hasta que pueda objetivar su promesa.

En los poemas de «Lagar» saboreamos de nuevo las virtudes de «Tala»: inspiración en lo vernáculo, expresión arretórica, empleo de vulgarismos con ardiente fuerza poética, vocabulario concreto, ternura diáfana y recia. Algunos títulos: «Arrorró

Elquino», «Arrullo Patagón», «Salto del Laja», «Cuatro Tiempos del Huemul», «Biobío», «Selva Austral». Y algunos bocados y sorbos:

«Salto del Laja, viejo tumulto,
hervor de las flechas indias,
despeño de belfos vivos,
majador de tus orillas.

.....

Me voy por el río Laja,
me voy con las locas víboras,
me voy por el cuerpo de Chile,
doy vida y voluntad mías.

Juego sangre, juego sentidos
y me entrego, ganada y perdida... («Salto del Laja»)

Aliherido el puelche junta
la Selva como en arreo
y con resollar de niño
se queda en platas durmiendo...

Vamos a dormir, si es dable,
tú, mi atarantado ciervo,
y mi bronce silencioso,
en mojaduras de helechos,
si es que el puelche maldadoso
no vuelve a darnos manteo.

Que esta noche no te corra
la manada por el sueño,
mira que quiero dormirme
como el coipo en su agujero,
con el sueño duro de esta
luma donde me recuesto («Selva Austral»).

Expresión niña y ligera, prestan al romance soltura sobria. blanca. Le empalidecen, le chilenzan los fulgores de similar con que algunos ingenios lo han importado.

La misma poetisa de «Agua», «Aire», «Sal», «Pan» y «Cosas».

Pero aun con mayor nostalgia de la patria: «Selva Austral» no es sino un fragmento de un largo poema que porta el nombre de «Viaje Imaginario por Chile», es decir, viaje de la sensibilidad, de la reviviscencia de las cosas, allende la cáscara de los conceptos sesudos.

Esta Pequeña Antología—fina y bellísima edición de los Talleres de la Escuela Nacional de Artes Gráficas—viene, en cierto modo, a ser un homenaje entre los muchos que se le deben a Gabriela. América le acaba de tributar el suyo, otorgándole un premio del Continente. Antes lo había hecho el mundo con el Nobel. ¿Quizás los honorables mentores oficiales de la cultura otorgarán que ahora sí ha llegado el momento de hacer una edición completa de la obra de Gabriela Mistral? Una edición profusa, que invada de océano a cordillera, de mar a desierto.

La infancia estética de los «cultos» en este país excede a toda ponderación...

Felicitemos a la Escuela Nacional de Artes Gráficas, y nos permitimos sugerirle continúe editando a clásicos de nuestra literatura. Y sobre todo que—como en esta oportunidad—sean sutiles, elegantes las ediciones, porque son precisamente los que pueden adquirirlas quienes las necesitan: gentes que enajenaron el gusto empenachándolo de europeísmo dudoso, con perfección, ignorantes de voces tan altas y henchidas como las de Cruchaga, Neruda o la Mistral.

LOS HOMBRES DEL HOMBRE, Eduardo Barrios.—Nascimento, 1950

Cuando el autor nos expresó el título de su obra, se nos vino inmediatamente el de otra que se ha hecho célebre: «El lobo Estepario».

No vamos a negar que temimos entonces hubiera transigido con la escuela literaria de la vigilancia onírica, del sueño alum-

brado por lamos de la conciencia, del esoterismo surrealista que alguna vez hemos llamado «sub-lógico», por parecernos que el sueño se desliza bajo los puentes de la razón, arrancándole de cuajo a veces los pilotes con sus avenidas turbias y densas...

Por fortuna nos equivocamos.

La novela se teje al hilo de un problema psicológico intenso: el de un marido que duda de su paternidad. ¿Lo ha cornudado hace ocho años el correctísimo millonario inglés que deja ahora su fortuna al caro matrimonio con quien pasaba las vacaciones? Pues el testamento contiene cláusulas sugeridoras: el cincuenta por ciento es para el «ahijado» Carlos (que lleva el nombre del padrino, Charles), en tanto que la otra mitad—menos uno que otro «legado»—queda para la pareja. Y va más lejos don Charles Moore en esto de sugerir, pues exige del marido sanee con el dinero sus «quebrantados haberes», y no «comprometa» jamás la parte de la esposa...

Por trescientas páginas discurre el conflicto que se alimenta del personaje múltiple, del protagonista que vive en acecho, cuando del hijo—a quien prefiere denominar Cabecita despicinada, por pudor—ya de la presunta adúltera, ora de una de sus amigas íntimas, Chela Garín, arquetipo de siútica virulenta y viriloide.

Este es un libro de tesis: somos una multitud, hay «los hombres del hombre», pero en definitiva existe el «hombre de los hombres», quien es el que apacigua y concierta el tumulto de cada uno en el haz eminente de la personalidad.

Barrios ha sabido transferir siempre a la acción y a los personajes la lisura de la inteligencia. Hace que respiren una y otros en atmósfera alta, la que depara el análisis con buen gusto.

Sin estridencias, serenamente. Todo sereno, quieto. Eso es lo hondo.

«El matiz, sólo el matiz», había recomendado Verlaine. Y para asegurárselo «torcerle el cuello a la elocuencia». El autor de «El Hermano Asno» ha conseguido sobradamente lo últi-

mo; pero es más interesante aún que haya alcanzado lo primero, no por medio de la música ni del sentimentalismo, sino por el gobierno de la razón que atalaya.

Es decir, he aquí lo que se llama tomar al toro por los cuernos.

Pues a quienesquiera se les ha ocurrido que sin vaguedad, sin espesuras de criterio virgen, no hay matiz. Y mucho menos en el establecimiento de lo diáfano. Sin embargo, Barrios se ha atrevido a desmentirlo otra vez, y con la magia introspectiva que le es habitual, sortea el tránsito por los vericuetos contradictorios de los seres que sobrenadan en cada ser, y se hunde luego con los ojos muy abiertos para mostrarnos dónde finca el cable por que se atan a la personalidad insobornable y unitaria.

Y todo esto (por si algunos contumaces lo ignoran aún), se consigue con el idioma. El idioma que Barrios viene sobando y tundiendo amorosamente como una correa, como una huasca con que signa la piel de su prosa nítida, compacta, cordillerana. La signa sin hacerle sangre, que fuera pedestre. Duros los ojos implacables para seguir viendo, apretados los labios que no deben anticipar nada, el protagonista de «Los Hombres del Hombre puede parecer inhumano o deshumanizado, cuando no cínico y egoísta. Aunque en parte le convengan estos epítetos (¿y a quién no?), procede recordar que la suprema sensibilidad no es la desbordada, sino la contenida, muchas veces. Una manera de superar al llanto es ahorrarlo.

Nunca olvidaremos al tipo moral que enturbia Chela Garín, ni mucho menos la comisión que se ha impuesto con calcificado espíritu feminista, digno de la Lisístrata de Aristófanes: hacer que las mujeres se «realicen». Para tan cumplido esperpento, las mujeres se «realizan» independizándose de los varones, haciendo vida «artística» o «política». ¿No es uno de los ejemplares zoológicos más importantes en lo actual? ¿No es un connotado verme contemporáneo?

No hay duda de que Barrios encima lo que se propone: introducir el mayor equilibrio en el mayor tumulto, supeditar

el instinto a la inteligencia, y sobre todo, exaltar en el más limpio y desmalezado de los caminos a la emoción...

NI POR MAR, NI POR TIERRA..., de Miguel Serrano.—Editorial Nascimento, 1950.

Libro polimorfo, misceláneo. Ha sido consciente propósito del autor la reunión de géneros disímiles: conatos de ensayos, de novelas, relatos y cuentos, prosas líricas, exaltaciones épico-panteístas, vagas profecías oscuras y capitosas. Y luego vetas dispares y aún encontradas de inspiración: lo subconsciente y lo objetivo diurno y diáfano, el sustancial amor de la tierra y la embriaguez del símbolo, un querer nuestras cosas americanas y un no desear o un no atreverse a quererlas, un entendimiento enamorado de lo inmediato doméstico y un desamor y despego de la carnadura de la experiencia que pudieran hacerlo sospechoso de platonismo (si no fuera Nietzsche el que quema la entraña de buena parte de esta prosa que empina su adolescencia hacia el super-hombre...).

Obra a menudo como el anillo de Gyges, nos hace presumir la presencia de Serrano, para en seguida birlárnosla. Hay aquí el drama que señala la paradoja de Kierkegaard en toda hondura personal, cuya angustia nace para el danés del hecho simplísimo de que cada uno «quiere ser el que es y no serlo». En efecto, las alteraciones del autor de «Ni por Mar, ni por Tierra» son tan iteradas y bruscas, que no existe en el libro más unidad que la temperatura y limpieza estilísticas.

Es cierto que América nos tiene acostumbrados a estas heterogeneidades. Bastaría nombrar al «Facundo» en Argentina y a los «Recuerdos del Pasado» y las «Arenas del Mapocho» en nuestro país. Pero faltan en ellas muchas notas que en ésta sobran, de las cuales no es precisamente la menor la acuidad o agudeza estimativa, la estirpe de crítico.

Introduzcamos algún orden.